El Eco de Cartagena.

Año XXV. DIARIO DE LA NOCHE. NUM. 7056

Precios de suscrición.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.
La suscrición empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.

Números sueltos 15 céntimos
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 16 DE MAYO 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

UN DICTÁMEN DEL DOCTOR FERRAN.

Consultado el doctor Ferrán por el señor presidente del Ateneo Mercantil, de Valencia, acerca de las medidas de policía sanitaria aceptadas hoy por los hombres de ciencia, el sábio profesor contestó inmediatamente, remitiendo al Sr. Garcia Monfor la siguiente carta, que fué leida en la reunión general de los gremios, y que dice:

«Agradezco en extremo la honra que me hace; tan pronto como haya podido disponer por completo de las condiciones materiales necesarias, que será muy en breve, tendré el gusto de ponerme á sus órdenes para el asunto de la inoculación colérica.

Pláceme mucho ver personas respetables y autorizadas como usted, aceptar con entusiasmo un descubrimiento que, por ser mio, no me atreveria á calificar, pero que basado en otros hallazgos sorprendentes de la moderna ciencia, tiene en su apoyo la lógica del criterio experimental, único á que deben sujetar hoy sus actos en la investigación de los hechos de laboratorio y en el estudio del enfermo los médicos concienzudos, los prácticos de buena fé. Y ya que, con una solicitud que me envanece, me pide usted datos y me ruega usted que algo le diga de la cuestión que apropósito del estado sanitario de esta hermosa provincia tanto preocupa á ustedes, permitame que aun á trueque de hacerme pesado, le exponga con algun detenimiento mi opinión.

Comisionado oficialmente en el pasado año por el municipio de Barcelona para estudiar el cólera en el Mediodía de Francia y entregado desde hace mucho tiempo al estudio de los microscópicos séres que son causa de las enfermedades infecciosas, y á quienes la ciencia moderna ha hecho cargar con el *sambenito* de las grandes epidemias, he tenido ocasión de descubrir hechos nuevos en la vida del microbio colerígeno; hechos comprobados detenidamente por la Academia de Medicina de Barcelona y que me han valido tributo inmerecido de parte de mis colegas compatriotas, que yo renuncio gustosamente en obsequio de la medicina española y consideración y amistad, que yo estimo en mucho, de microbiólogos extranjeros de los que el moderno saber es tributario.

Porque no le quepa á usted duda: el cólera morbo asiático es una enfermedad debida á la introducción en el cuerpo humano de una planta microscópica, que alojada en los intestinos y multiplicándose allí con fecundidad pasmosa segrega ó fabrica un veneno que absorbido mata con rapidez que asombra.

Aun en el terreno de las hipótesis, si esta creencia pudiera llamarse teoría, sería la única que llegara á explicar más claramente que otra alguna la naturaleza de la enfermedad, y sobre todo su propagación; porque no hay nada que se reproduzca sin ser vivo, y la causa del cólera vive y se multiplica y se difunde con brevedad pasmosa.

Afortunadamente, la ciencia tiene la seguridad completa de que un hongo microscópico, invisible á simple vista, llamado por el aleman Koch *bacillus virgula* y al que ya la prensa médica nacional y extranjera haciéndome un honor inmerecido bautiza con el de *peronospora Ferrani*, es la causa del cólera. En todos los coléricos, y solo en ellos se encuentra, de ellos puede recogerse siempre que se quiera y que se sepa; en el laboratorio puede cultivarse á voluntad y tomándolo de un cultivo puro, con él se puede producir el cólera á los animales por medio de inyecciones hipodérmicas, como yo lo he conseguido cuando Koch y Virchow lo creian casi imposible; como mis queridos amigos Nicahi y Biesch, de Marsella, y mi estimado colega Van Ermengem, de Bruselas, lo han conseguido también por medio de inyecciones duodenales, y como puede lograrlo cualquier experimentador perito cuantas veces lo desee.

Y es más: ese mismo cultivo puro, donde no hay otra cosa sino caldo y el vírgula en asombrosa multitud microscópica, y donde por consiguiente no hay en absoluto nada, por otra parte, sobre que cargar la responsabilidad, ese mismo cultivo inyectado en el hombre produce frialdad, malestar, nàuseas, calambres, hasta reacción febril. ¿Se quiere más? Ninguna otra creencia puede presentar mayores garantías, nada màs puede exigírsele al método esperimental, y nadie que no haya asomado en su vida á un laboratorio ni haya tenido entre sus dedos el tornillo de un microscópio, tiene derecho á dudar.

Usted dirá, respetable amigo, que á donde conduce esto, y yo tengo que responderle que precisamente el conocimiento de que el vírgula es la causa del cólera y la posesión que hoy tenemos de las condiciones que necesita el vírgula para vivir y multiplicarse, cosas todas que hemos conquistado en pocos meses, han hecho que la ciencia actual piense de distinta manera que el pasado año sobre la profilasis de las enfermedades, y tenga hoy otra idea de las cuarentenas, de los lazaretos, de los cordones y del aislamiento individual. ¿Lo quiere usted más claro? Los que como yo conocen al *vírgula* y tienen ya costumbre de verle vivir y reproducirse, matar conejos y perros y trastornar hombres, los que saben como se propaga, consideran ilógicas la mayor parte de las medidas que la higiene [illegible] mia.

Y no es esto aventurado ni ligero. El microbio colerígeno necesita para vivir pocas, poquísimas condiciones: humedad, calor, cierta escasa cantidad de materia orgánica, esto es todo; allá donde lo encuentre se reproduce en millares y en millones, en el fango de una calle, en el agua de un pozo, en un rincón de la acequia que sirve para el riego, en la corteza de una fruta, en el troncho de una hortaliza, en el pliegue de un trapo húmedo, etc., etc. Y aun cuando la vida de este pequeño sér se extingue á veces fàcilmente por la competencia con otros microbios, como los de la putrefacción, en otras ocasiones difíciles de sospechar, imposibles de precisar, se prolonga [illegible] largo tiempo y rejetando en el silencio hasta que llega el momento fortuito, casual, por variación de condiciones para reproducirse más y extenderse con prontitud al modo de un reguero de pólvora que se inflama. Así han demostrado mis buenos amigos Nicatti y Rietsch, de Marsella, que el *vírgula* vive más de 80 dias en el agua súcia de los puertos de mar; así yo he pòdido comprobar su existencia en un cultivo abandonado en el laboratorio después de tres meses. Hay, pues, dos características en la vida de este microbio: facilidad suma para vejetar en cualquier parte donde haya un poco de agua, unos cuanto grados de temperatura y una corta cantidad de sustancia orgànica; posibilidad de vivir oculto sin revelarse por medio de efectos nocivos durante un tiempo más largo de lo que hace poco aun se creia.

Ahora, dígame usted, respetable amigo, ¿puede el hombre con todas las medidas restrictivas del mundo atacar al gérmen en todos los rincones, en la huerta, en la casa, en la letrina, en las aguas potables, con completa seguridad de que lo ha destruido y con entera confianza de que ha evitado para lo futuro su propagación? Seguramente que nó; la experiencia lo confirma. Acordonar lo invisible, lo microscópico, es un delirio, créame usted.

Y voy en este sentido á presentarle á usted ejemplos pràcticos que le convencerán mejor. ¿Cuando se acordona y se aisla á un pueblo? Cuando el cólera se ha declarado oficialmente. Pues ya entónces han pasado algunos dias entre dudas y vacilaciones sostenidas y alimentadas, no por los médicos, tan calumniados en estos tiempos (que bien saben todos, viejos y jóvenes, encanecidos é imberbes, diagnosticar la enfermedad), sino por el mismo espíritu público que tem y protesta contra las medidas de restricción, y en estos dias de vacilaciones han [illegible] y acaso [illegible] que las deposiciones hayan sembrado los gérmenes por medio de las corrientes de las aguas, de que estos se hayan filtrado á través de las tierras, de [illegible] fuera de la población, y por medio de los rios hayan llegado á otro punto, tal vez muy lejano del primitivo ataque. ¿Acordonamiento que obliga con [illegible] á admitir la importancia de la [illegible]? Además, en estos últimos dias que anteceden al acordonamiento, han entrado y salido, de unas y otras personas, algunas de ellas tal vez atacadas de una ligera diarrea que por las condiciones especiales de [illegible] que la sufre no pasa [illegible] una fortísima colerina que [illegible] poner en el cólera confirmado, y que sin embargo, arrastra virgulas, por las deposiciones, [illegible] en población distante. Esto puede suceder, jamás el cordon y el lazareto, la cuarentena y la [illegible] se han establecido viviendo aun el primer atacado.

Y vengamos al aislamiento individual en la casa del enfermo. La ciencia, en la última epidemia, ha demostrado que las deposiciones más abundantes en *vírgulas* suelen ser las primeras y las primeras deposiciones son precisamente tambien las que ménos carácter colérico presentan: el individuo se siente apenas indispuesto, se vé obligado á deponer sin molestia y hasta sin dolor, en el casino, en el teatro, en casa de un amigo, y no dá importancia á la cosa. Algunas horas más tarde se agrava, se mete en cama, llama al médico, declara este la enfermedad, se aisla al enfermo, la familia, los vecinos, la casa entera. ¿De que sirve esto ya, si los gérmenes de las primeras deposiciones han sido sembrados ántes en diferentes sitios, y aun cuando el enfermo no haya salido de casa, van corriente abajo por las alcantarillas después de algunas horas?

Buenas serían en teoría las medidas restrictivas, si el gérmen colerígeno no fuera un ser microscópico que se escapa á la investigación ordinaria, que puede filtrarse, ser arrastrado, y en pocas horas convertir en lejano y apartado rincón que ni si quiera se sospecha, los cientos y los millares en innumerables millones.

Por eso los acordonamientos han resultado siempre ineficaces, y los mismos higienistas que los aconsejan no los admiten como factibles en absoluto, sino como aplicables á naco i